

Sembrar una nueva sociedad. Culturas políticas y proyectos de modernización en el México de hoy

*Carlos Pérez Zavala**

Introducción

Este texto sólo pretende llamar la atención sobre algunos problemas que en estos tiempos enfrentan los estudiosos de las ciencias sociales para la producción de teoría social. Dentro de las ciencias sociales, los nuevos retos que enfrentamos ante la investigación nos colocan frente a la necesidad de repensar tanto en los enfoques metodológicos como en las herramientas teóricas que utilizamos.

En fechas recientes y dentro de los ámbitos de la teoría social hemos sido testigos del derrumbe de paradigmas que en otros tiempos parecían inamovibles. Hemos presenciado el resquebrajamiento de muchas de nuestras escasas certezas. En consecuencia, hoy tenemos que reconocer que estamos inmersos en los terrenos de la incertidumbre, y por ello es necesario hacer un alto en el camino para reflexionar, una vez más, tal vez desde otros enfoques, sobre los procesos histórico-sociales, psicosociales y cognitivos que intervienen en la producción de conocimiento.

En estos terrenos hoy es necesario preguntarnos, una vez más, sobre nuestra colocación y posición a la hora de producir análisis social y, por

* Profesor-investigador del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

lo tanto, detenernos a analizar nuestras implicaciones como investigadores, analistas, intelectuales o asesores.

Ciertamente, las preocupaciones epistemológicas han llenado miles de páginas y han estado presentes en las reflexiones de un buen número de pensadores en las últimas décadas. En el presente, nuevamente, parece que tenemos que reformular los mismos problemas, pero en esta ocasión se requiere llevar la reflexión aún más lejos.

Una de las lecturas que puede refrescar nuestra mirada es la que se refiere a la inclusión de la subjetividad social, no sólo como objeto de estudio sino como una herramienta metodológica para la producción de teoría social.

Observamos que cada vez es más frecuente que los investigadores sociales, epistemólogos, historiadores o sociólogos, entre otros, acudan a considerar la subjetividad social, sin embargo, como ya lo ha planteado Zemmelman,¹ el análisis de la subjetividad no se puede pensar sin tomar en cuenta su carácter histórico. Ciertamente que esto nos lleva a repensar en los problemas de la construcción del conocimiento desde una perspectiva plural que incluya tanto las dimensiones históricas como las subjetivas. Es decir, considerar las dimensiones histórico-sociales y las relacionadas con la subjetividad social como complementarias.

En otras palabras, tenemos que tomar en cuenta la mayor parte de las dimensiones que acompañan y que participan activamente en la construcción de la realidad social y, desde ahí, describir, analizar y desplegar los escenarios y contextos históricos, en situaciones concretas, que intervienen en la construcción de los actos cotidianos; esto nos permitirá reflexionar sobre los procesos constituyentes que articulan los ámbitos micro y macrosociales.

Por otro lado, hay que asumir que los instrumentos y los métodos que aplicamos no son infalibles; sabemos, por ejemplo, que no siempre logramos incorporar el movimiento y la velocidad necesarios para dar cuenta de lo que nos está sucediendo, pero que, a pesar de ello, existen condiciones de posibilidad para construir una nueva mirada que nos permita contar con un enfoque epistemológico desde donde se puedan plantear los problemas que enfrentamos.

¹ Conferencia presentada en el seminario sobre "Subjetividad, perspectivas y reflexiones multidisciplinares", celebrado en la UAM-Xochimilco durante 1997.

Proyectos de sociedad y culturas políticas

En primer término quiero proponer una reflexión que presupone sujetos sociales reales que, de una manera u otra, plantean diversos proyectos de sociedad y de futuro. En el caso de la sociedad mexicana una de las cuestiones que aparece inevitablemente a la hora de reflexionar sobre estos problemas se refiere a la existencia de diversos proyectos de sociedad y de futuro.

Podemos decir, de manera muy general, que actualmente coexisten por lo menos dos proyectos de sociedad en pugna. El primero de ellos abanderado por el Estado neoliberal que promueve, sobre todo, una modernización económica y que trata de sustentar su viabilidad fomentando la continuidad de la cultura política oficial que ha prevalecido durante los últimos sesenta años. Esa cultura tiene un profundo carácter autoritario que, en su afán por privilegiar los intereses de la clase política y de los empresarios, ha desestimado el interés colectivo y la urgencia de un cambio democrático.

Por otro lado, es posible observar la presencia de un modelo distinto de cultura política, abanderado por la sociedad civil, que en los últimos años se ha ido gestando como una forma de resistencia, de oposición, a las injusticias y a la corrupción del sistema político, y que insiste en una modernización política por la vía de la democratización de la sociedad.

Dentro de este escenario, no sabemos todavía si estamos en verdad en un proceso de transición hacia la modernización y tampoco sabemos cómo vamos a enfrentar los retos que la globalización e integración nos plantean; sin embargo, los enfrentamientos entre las distintas propuestas de sociedad y de nación pueden ser leídos como signos esperanzadores en un sistema político que aún está por definir su proyecto de futuro.

Al mismo tiempo, es también oportuno pensar en la configuración de una sensibilidad distinta, una cultura política que siembre una nueva subjetividad social y que, en el mediano y el largo plazo, pueda significar una salida a esta problemática. Para Norberto Lechner:

La noción de cultura política, a diferencia de la opinión pública, alude a pautas consolidadas a través del tiempo. Más simultáneamente, la cultura política también incorpora permanentemente nuevas interpretaciones de la realidad. Una de las dificultades del estudio consiste precisamente en ponderar la relación entre las pautas establecidas, transmitidas mediante largos procesos de socialización, y las nuevas ofertas

de interpretación, aportadas por los productores de sentido de diversas índoles. Ante todo en períodos tan convulsionados y opacos como suelen serlo los procesos de transición, resulta extremadamente difícil especificar en que medida 'lo nuevo' significa rupturas o una adaptación de valores y hábitos arraigados.²

La presencia de nuevos actores en el escenario de la sociedad mexicana de los últimos años, tales como los grupos de resistencia civil, las organizaciones no gubernamentales, los grupos ciudadanos autogestivos, los grupos de defensa de los derechos humanos y otros, nos hace pensar que estamos ante la ruptura de los valores y hábitos arraigados tenazmente en el sistema político de nuestro país.

Por eso creo que ahora es posible pensar nuestra sociedad como una sociedad plural, democrática y moderna, que sea capaz no sólo de emprender reformas políticas sino, al mismo tiempo, de asumir una actitud positiva ante los procesos de modernización política. Es decir, tenemos que imaginar una sociedad que se mire a sí misma y se reconozca en sus tradiciones y valores culturales y, al mismo tiempo, sea capaz de pensar en el futuro.

Así, se trataría de cultivar un proyecto modernizador alternativo que se construya desde la sociedad en su conjunto. Y al decir esto no sólo estoy pensando en la economía y la política sino, también, en la cultura y en las dimensiones relacionadas con la subjetividad social que, de una manera u otra, participan en la configuración tanto de las formas de organización y participación política como de la afirmación o transformación de los valores y patrones de educación y socialización.

Como se indicó en la introducción, consideramos que la subjetividad puede ser tanto un objeto de estudio como una herramienta metodológica ya que, como lo plantea Zimmelman:

[...] la subjetividad, siempre que no se aborde con criterios reduccionistas representa una situación de confluencia de planos de realidad en la que se puede rastrear cómo desembocan los microprocesos, así como la apertura hacia ámbitos sociohistóricos que se caracterizan por ser inclusivos de otros planos que pueden construir el contexto particular del sujeto concreto que interese estudiar. Estos últimos planos de

² Lechner, N. "Presentación", en *Cultura política y democratización*, FLACSO, Santiago de Chile, 1987, págs. 7-14.

realidad pueden estar asociados a otros ritmos temporales y otras escalas espaciales. Por ello la subjetividad articula diferentes niveles de concreción de la realidad.³

Es necesario intentar hacer una reflexión sobre las dimensiones relacionadas con la subjetividad social que están presentes en las culturas políticas y, al mismo tiempo, mencionar que esta lectura la hacemos desde la historicidad de los procesos que las configuran.

En estos tiempos, en los que asistimos a cambios importantes en los escenarios políticos y distintos partidos políticos ponen a prueba sus respectivos proyectos de sociedad, es interesante observar la ausencia de propuestas serias sobre culturas políticas. Apenas se ha iniciado el debate acerca de la necesidad de sembrar en la sociedad mexicana una cultura política que mire hacia el futuro.

Sería muy oportuno que los diversos actores sociales tomen en sus manos la necesidad de pensar en un proyecto de sociedad, de nación y de cultura que nos permita pensar en el futuro. Si los partidos son incapaces de formular una propuesta en ese sentido, nos corresponde a nosotros los ciudadanos asumir esta tarea.

¿Qué tanto las condiciones subjetivas, las que arman la subjetividad social de nuestra cotidianeidad son realmente tomadas en cuenta? Para que una propuesta sea viable debe ser vivida por sus actores en todo los sentidos. Nuestro comportamiento cotidiano, ya sea como sujetos o como miembros y representantes de diferentes grupos e instituciones, expresa un proyecto de sociedad implícito. Lo queramos o no, somos parte de una sociedad que se pregunta sobre su futuro.

Quiero pensar que estamos asistiendo a un acelerado proceso de politización que esta prefigurando una conciencia colectiva que, a partir de plantearse la realización de propósitos comunes, puede construir paulatinamente acuerdos, consensos y solidaridades cada vez más amplios. Los resultados de las votaciones del pasado 6 de julio en la capital, así como la respuesta de solidaridad de la sociedad civil a las luchas de los indígenas en Chiapas, y sobre todo la condena nacional e internacional a la matanza de Acteal son prueba de ello.

Desde mi lectura, es importante reforzar la instrumentación de organizaciones autogestivas y autónomas que, desde los márgenes, construyen

³ Zimmelman, H. "Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento", en *Jornadas*, núm. 126, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 1996, pág. 99.

resistencias y respuestas imaginativas que condensan una cultura política diferente. Por ejemplo, hay que repensar las formas de gobierno de las comunidades, etnias y organizaciones sociales. Hay que replantear la viabilidad de la organización social de la sociedad a partir de lo micro, lo local o regional. Revisar los intentos de construir una gestión colectiva desde abajo.

Esta apuesta considera la existencia de actores sociales en movimiento e intenta pensar en las condiciones de posibilidad para el cambio. Un cambio que debe generarse desde la capacidad de imaginarnos a nuestra sociedad diferente, en transición, en vías de convertirse en una sociedad plural, abierta y moderna. Afortunadamente, el resurgimiento de múltiples voces de la sociedad civil, que de una manera u otra se dirigen hacia esta meta, nos hace pensar en la viabilidad de esta propuesta.

En ese sentido, a la hora de pensar en los problemas de nuestro presente, tales como la instrumentación de proyectos económicos y políticos modernizadores en los tiempos de la globalización, es necesario reflexionar sobre la redefinición de un proyecto de nación que nos conduzca hacia la integración, la resignificación de nuestra historia y nuestra cultura, como garantía de la intención seria de transitar hacia un cambio.

Así, a partir del ejercicio de una voluntad colectiva que interpreta y resignifica la memoria y los imaginarios sociales de los habitantes, podemos esperar que las formas autogestivas de organización sean viables. Es decir, es desde el análisis de los comportamientos políticos de los actores como podemos observar las voluntades políticas reales y no sólo las buenas intenciones. Somos nosotros, los ciudadanos, quienes podemos hacer que dicha reforma tome cuerpo y se haga real.

Ética y política

Mientras tanto, en estos tiempos de incertidumbres e inseguridades, los mexicanos estamos expuestos al peligro de que se consoliden la corrupción, el autoritarismo, la intolerancia y la violentación de los procesos políticos como formas de gobierno.

La descomposición y el desmoronamiento del sistema nos recuerda y nos conmina a tomar una posición ética. La producción de la cotidianidad, de la cultura política, esta siempre sujeta a esta primera pregunta. ¿De qué lado estamos? ¿Qué clase de sociedad estamos sembrando?

Al considerar la descomposición de las culturas políticas que habían sido el sustento de las formas tradicionales de gobierno nos encontramos con que los valores, rituales y discursos ideológicos de otros tiempos ya no convocan ni convencen a las grandes mayorías, otrora silenciosas. Por el contrario, en el presente, el hecho de acudir a estos mecanismos de control social provoca reacciones en sentido contrario. Es decir, los malestares de la sociedad civil también nos hablan de una sociedad que ya no se identifica con los discursos oficiales. Una sociedad que intenta salir de la minoría de edad.⁴

Hoy estamos ante una debacle moral. En términos individuales y/o sociales los ciudadanos somos cada vez más conscientes de la necesidad de asumir una posición ética. Hamlet somos todos, ya que la realidad actual nos enfrenta cotidianamente a dilemas morales que nos obligan a tomar posición. De ahí que resulte interesante pensar nuestros dilemas como parte de una obra social y, al mismo tiempo, pensar a la sociedad como resultado de las posturas que tomamos los ciudadanos en nuestra cotidianidad.

No se puede decir que esta politización de grandes sectores sociales obedece sólo a una toma de conciencia generalizada sobre las posibilidades de participación política ante un sistema político que tiende a desaparecer. Me parece, más bien, que estamos ante el surgimiento de una nueva sensibilidad, como decía H. Marcuse en la década de los sesenta. Lo que en aquellos años se anunciaba como el surgimiento de movimientos sociales portadores de proyectos esperanzadores y una gran sensibilidad, hoy finalmente puede ser una realidad. Lo que entonces llamábamos contracultura hoy se puede materializar en una nueva cultura política. Hoy, el fortalecimiento de nuevos actores sociales, a partir de un intensivo proceso de politización de amplios sectores, puede significar la construcción horizontal de un proyecto de sociedad diferente.

Es así que la democratización y modernización política se plantean no sólo como la toma del poder por parte de un partido político distinto al oficial: para que los cambios sean duraderos se deben cultivar las transformaciones radicales dentro del área de los valores, los hábitos y comportamientos específicos, que son los que prefiguran las nuevas culturas políticas.

⁴ E., Kant. "Qué es la Ilustración", en *Filosofía de la Historia*, FCE, México, 1976.

Ciertamente, es necesario insistir en que las directrices de estos cambios tienen que ser definidas por la sociedad civil, por las mayorías sociales que poco a poco construyen consensos, acuerdos y pactos sociales. Es decir, somos los ciudadanos quienes, en la lucha y en la toma de posiciones ante las preguntas y los dilemas que plantea la vida social, podemos redefinir proyectos de sociedad desde abajo.

Por ello, la propuesta que aquí se plantea es el tratamiento de la subjetividad social, no tanto en términos abstractos sino mediante la descripción y el análisis de los procesos sociales que intervienen en la construcción de los actos cotidianos. Es decir, una propuesta que nos incita a considerar la subjetividad social desde una perspectiva histórica y en movimiento y que exprese las motivaciones, valores, ideales de los ciudadanos.